

I. de S. Maria
I. La Mocha al
Luchengo Hispan
adversaria rtiannu



MAYO 1945

Panorama de la Actividad Mundial

MISION del MUSEO

de

ARTE POPULAR

Por efectos de la etapa cultural que vivimos, el arte popular como producto étnico de las asociaciones humanas, empieza a morir en todas partes. Esta es la verdad escueta. Junto con mostrar los síntomas de su destrucción en Europa, donde era una curiosidad para los entendidos, se despertó el más grande interés por sus productos. Hasta fines del siglo pasado los folkloristas sólo hablaban del arte popular desde el punto de vista tecnológico, valiéndose de sus referencias testimoniales para fijar determinados caracteres de los pueblos, pero, cuando se notó que el proceso universalista de nuestra civilización iba exterminando lentamente sus últimos vestigios en la vida campesina, las labores domésticas, los trajes típicos, las industrias manuales, se descubrió el valor artístico que ellos tenían y su importancia para la investigación de la historia del arte.

La Sociedad de las Naciones por intermedio de su comisión para la cooperación intelectual, recomendó entonces su estudio y cultivo, preparando, incluso, las bases para convocar un congreso internacional de folkloristas que pudiesen reunir el material existente en todos los países. Los acontecimientos internacionales malograron los frutos de este proyecto, como tantas otras bellas cosas, pero, el hecho de considerar la importancia del arte popular en un vasto programa de cultura, no ha sido perdido.

Hoy día tiene interesados en todas partes y suscita la atención de mucha gente.

La iniciativa chilena que ha dado por resultado el Museo de Arte Popular de la Universidad de Chile, proviene también de este mismo origen, esto es, de la recomendación ginebrina llevada a término por una de las Comisiones nacionales de Cooperación Intelectual más activas que hay en América, como es la Comisión Chilena adscrita a nuestra universidad del Estado.

En efecto, ya en 1935 esta oficina prestó su apoyo a una exhibición de objetos folklóricos chilenos realizada con motivo de la Conferencia del Trabajo, y luego, más tarde, en 1938 organizó bajo sus propios auspicios otra exposición de este mismo carácter. La tención que el público dispensó a estas muestras sirvió de estímulo para planificar una exposición de más aliento, interamericana, que se llevó a cabo en 1943 con motivo del primer centenario de la Universidad de Chile. Por primera vez pudo verse reunido allí material procedente de varios países, por primera vez en la crónica de nuestra cultura la elocuencia de los hechos probó la fuerza de nuestro parentesco racial hispanoamericano.

Lo reunido en dicha oportunidad forma ahora la base del Museo de Arte Popular creado por la Universidad de Chile, museo único en nuestro continente, aun más, en nuestro hemisferio y que como tal, marca

un hito en las actividades directoras de nuestro país que pueden servir de modelo en el exterior. Es reconfortante consignar estos hechos por lo que ellos entrañan de positivo y alentador para nosotros, pues establecen en Chile un punto de atenta vigilia para el trabajo intelectual que debe enorgullecernos.

Corresponde a la casa de Bello, cuyo impulso intelectual, sobrepasando los cánones académicos, se ha proyectado más allá de nuestras fronteras, el haber acogido en su rodaje creador esta iniciativa; corresponde a las altas autoridades universitarias el haberla convertido en realidad.

Ahora bien, si en Europa el arte popular se muere, en nuestros países vive todavía, y en algunos de ellos con especial fuerza y vigor. Lo cual quiere decir que si en Europa la búsqueda y recolección de objetos folklóricos es un esfuerzo encomiable que vale especialmente por la escasez de material disponible, en América un museo de esta clase tiene una amplia misión que cumplir. Hasta aquí estos organismos como instrumento de investigación histórica han trabajado siempre de una manera retrospectiva, que les ha dado a la postre, ese aire inerte de los hechos hace mucho tiempo consumados. Un museo de folklore aspira, en cambio, a dar mayor perspectiva a nuestra propia época estudiando su realidad cotidiana a través de los documentos vivos. De este modo es posible una investigación exhaustiva que no deje nada al riesgo de las interpretaciones de mañana, y que en el presente valore y fije los puntos de interés de su propio material científico.

Esta es nuestra posición. En América hay una gran producción de objetos típicos en numerosos países que cubren extensas zonas geográficas y comprenden millones de habitantes, en ellos el arte popular, lejos de ser una curiosidad, representa un alto índice del trabajo doméstico, pues, por razones económicas esas poblaciones no pueden comprar las elaboraciones de la gran industria y solucionan, entonces, sus necesidades mediante el trabajo individual, las artesanías y los oficios hereditarios. El color, el sabor y la significación que tienen sus obras es excepcional y presenta los más variados

aspectos. En muchos casos son una lección de simplicidad utilitaria, esto es, son la solución más práctica de un problema funcional, y siempre son un ejemplo de candorosa imaginación y sentimiento.

Las manufacturas standarizadas de la gran industria no han podido separar de su eficacia técnica y su conveniencia económica, su impersonalidad humana y la frialdad sorda de sus estructuras. Los objetos de la industria hogareña poseen, precisamente, este calor y este carácter familiar.

Al recomendar el estímulo a las artes populares la Comisión Internacional tomaba en cuenta también otros motivos: sus beneficios sociales para las clases asalariadas. La industria doméstica es siempre un resguardo en las entradas de las familias modestas, provee a muchas necesidades en el vestido y la vida práctica, y sirve de defensa en los períodos de cesantía provocados por las grandes fábricas, pues el padre, la madre o el hermano obrero mediante su capacidad para un oficio de este tipo, pueden todavía ganar lo suficiente para vivir cuando son víctimas de la desocupación forzosa.

El Museo de la Universidad de Chile se ha abierto al público, en un antiguo edificio del Cerro Santa Lucía, con siete colecciones pertenecientes a Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, México y Perú. El fondo de que se componen fué seleccionado por técnicos autorizados en el exterior y está formado por piezas de cestería, alfarería, tejidos, trabajos de madera, hueso, hierro, cobre, vidrio, etc. Sin estimar muy completas estas colecciones podemos decir, sin embargo, que constituyen un núcleo básico representativo de cada una de las naciones de origen. Por de pronto a la simple vista aparecen enteramente diferenciadas unas de otras, pero también evidencian sus semejanzas y puntos de coincidencia como productos filiales de una raza común.

Debido a que no disponemos aun de un local suficientemente amplio, hasta aquí sólo nos ha sido posible exhibir dos de estas secciones, separadamente: primero la mexicana y luego la boliviana, actualmente a la vista. La atención prestada por el público en general, como asimismo por los estudio-

sos, ha comprobado una vez más el interés que despierta el folklore americano, pero revela también — por la ávida curiosidad que suscita — el desconocimiento que existe, a tan corta distancia, de nuestras propias costumbres y hechos culturales.

América hispana es un todo geográfico y racial, de punta a cabo, determinado por su prehistoria, su historia y su cronología, no obstante ignoramos casi todo lo que pasa más allá de nuestros límites políticos con respecto a las otras naciones del continente. Para no referirnos más que a lo que ocurre en Chile, podemos decir que todos los recursos del progreso que utilizamos para las comunicaciones y la información — cables, telégrafos, correspondencia aérea, publicaciones — que nos permiten la convivencia con los acontecimientos internacionales más lejanos de Europa o Asia, no logran, sin embargo, acercarnos a los países más próximos al nuestro.

Al presentar las colecciones mexicana y boliviana lo hemos visto claramente. No sabemos casi nada de los usos de estos pueblos, sus mitos y costumbres. El refinamiento manifestado en sus combinaciones de colores, la maestría técnica de sus artesanías, la fantasía creadora que gastan en sus adornos típicos, han causado la mayor admiración. Por otra parte los ritos de origen religioso o autóctono y las superviven-

cias coloniales, que aún no terminamos de olvidar nosotros mismos, al reencontrarlos en muchas piezas de estas muestras han despertado en el público los más vivos sentimientos.

Aún considerando que México y Bolivia son países con una gran población indígena, particularmente inclinada a guardar sus tradiciones seculares, y por lo tanto pródigos en folklore, podemos asegurar que se verán todavía grandes sorpresas en las próximas exposiciones de Perú, Colombia y Chile.

El programa del museo ya lo enunciamos con ocasión de abrir sus puertas: solo nos proponemos ser sinceros para conservar en su integridad esencial el espíritu popular. Nos corresponde recoger, guardar y clasificar sus expresiones de acuerdo con el concepto moderno de un museo activo, llamado a participar — dentro de su órbita — en todos los aspectos de la vida social.

Por el momento nuestra mayor dificultad es el problema de las instalaciones. Necesitamos un edificio adecuado que pueda recibir todos los objetos que poseemos. Las colecciones son muy numerosas y están acrecentándose constantemente; necesitamos, pues, acomodar estos objetos de una manera estable que facilite las comparaciones. En eso estamos empeñados.

